

Films de Amor

EL TIO ERNESTO

NÚM
318



Gnariotte Ander
Georg Alexander

25
CTS.

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER.

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES: "AES"
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona



Nº VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 318

LIEBE, SCHERZ UND ERNS 1932

EL TIO ERNESTO

Según «Bunbury» de OSCAR WILDE.
Adaptación en forma de novela de
la película del mismo título.

Narración de F. Trigueros Engelmo

Producción Nostra Film. G. M. B. H. BERLÍN

EXCLUSIVAS

CEDRIC, S. L.

Fuencarral, 5 MADRID

INTÉPRETES:

Charlotte Ander y Georg Alexander

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

El castillo de Pedro Petersen, señorrial, esbelto, de línea elegante y arquitectura moderna, está erigido en una florida pradera a unos cuantos, muy pocos, kilómetros de la ciudad. Complementan la posesión un cristalino lago natural, circundado por un bosque de tilos. Pedro Petersen es un hombre estimable por su cultura, posición y trato exquisito. Debe haber cumplido los treinta y cinco años, pero lo niega y disimula perfectamente con una elegancia irreprochable.

Pedro Petersen es soltero y vive en la grata compañía de su sobrinita Eva, deliciosa criatura de diecinueve años, de cara de nácar, ojos cielo, cabellos rubios y esbeltez cimbreante, que hace más distinguido su cuerpo de maravilla; y de una respetable y gruñona

ama de llaves, que es la doble de un guardia londinense.

Con Eva pasan una temporada en el castillo seis alegres y traviesas muchachitas, a cual más guapa, que fueron compañeras de colegio de la sobrina de Petersen.

Las siete preciosidades invierten las horas mañaneras, ligeramente tocadas con brevísimos pijamas, ultravanguardistas, en bailar a pleno campo con música de radio y en zambullirse en el lago, para darse el gustazo de tumbarse después sobre la blanquísimas arena a mostrar al sol sus siluetas y hacer al astro rey que se achiccharre de envidia de tanto besarlas.

El ama de llaves reniega a cada momento de las travesuras de las jóvenes, que no la dejan un minuto en paz.

"El tío Pedro", como cariñosamente llama Eva al señor Petersen, aparece algunas veces, muy contadas, por donde están las excolegialas y cuando lo hace, éstas se lo disputan para bailar, para correr o para darle patadas al balón.

Eva y sus amigas han terminado el desayuno al aire libre y se entregan al baile. El

señor Petersen ha estado a darles los buenos días, pero al momento se ha retirado a su despacho.

Petersen, cuando está solo o cuando no está en su casa, es otro hombre distinto. Por eso aquí, cuando lo encontramos en su despacho sin testigos de vista, esperando el correo, le vemos charlestonear y hacer ondulaciones con las figuras, como si estuviera en un cabaret de lujo. Su expansión dura poco. Ha entrado el criado con la correspondencia y delante de gentes hay que disimular. El servidor trae cartas y periódicos en una bandeja que deja sobre la mesa. Pedro rasga sobres con avidez y va leyendo vertiginosamente y dejando los escritos. Cuando ha terminado mira extrañado al fámulo y le dice:

—¿Qué esperas?

—Esperaba que el señor terminase—, responde el criado.

—¿Para qué?—pregunta Pedro.

—Para entregar al señor esta carta que han traído a la mano—, contesta Juan, sacando una carta del bolsillo y entregándosela a su señor.

Petersen la abre rápido y lee:

“Ernesto adorado: Me encuentro en la Posada. Ven pronto. Lily.”

—Juan—dice Petersen guardándose la carta—; inmediatamente, el coche, mi maleta y di a la señorita Eva y al ama de llaves, que salgo de viaje.

El criado vuela a cumplimentar las varias órdenes recibidas y Pedro va a sus habitaciones a prepararse para acudir a la llamada de Lily. Con la precipitación, Petersen ha dejado sobre la mesa las otras cartas recibidas.

Por una de las ventanas penetra violentamente el balón con que jugaban las señoritas en el lago y va a posarse sobre la correspondencia, mojando algunos pliegos. Eva salta tras el esférico y se da cuenta de que ha ensuciado unas cartas. Precipitadamente coge el secante y trata de reparar el daño. Al examinar el papel, ve que se trata de una factura para “el tío Ernesto”. Eva, picaresa y curiosa, llama a sus amiguitas, que acuden rápidamente; y las siete, capitaneadas por la encantadora rubita, leen las cartas y facturas, quedando asombradas del texto de algunas de ellas.



— Por dos vestidos de noche, un juego interior y tres sos...

—Por dos vestidos de noche, un juego interior de crespón y tres sos... — esto es del tío Ernesto—dice Eva a las otras.

—¿Quién es el tío Ernesto?—pregunta una de ellas.

—El tío Ernesto—aclara Eva—, es un hermano del tío Pedro, que anda siempre por ahí... Es un libertino incorregible a quien el tío Pedro no quiere traer a casa, por temor a

que vaya a pervertirla... ¡Se cuentan de él unas cosas! ¡Debe ser más simpático! ¡Lo que a mí me gustaría conocerle para poder cambiarlo en formal!

Eva fué a continuar su labor curiosina, cuando un pito del ama de llaves, que las había descubierto, la hizo retirarse rápidamente de la mesa y disimular...

—Eva... El tío Pedro va a salir de viaje—dijo el ama—. Ve a despedirlo.

Eva y sus amiguitas salieron volando, como una bandada de polícromas aves, hacia la puerta del castillo, para decir adiós al tío Pedro.

El auto esperaba al señor Petersen y pronto fué rodeado por las jóvenes. Eva sacó de una cartera del coche el carnet del tío Pedro y al dorso colocó un retrato suyo, después de haber escrito en él: *“Al tío Ernesto, con todo su cariño, su sobrina que le presente. Eva.”* Volvió el carnet a su sitio. Todas vieron la ocurrencia.

Llegó Petersen y ocupó el baquet y después de despedirse de todas y muy especialmente de Eva, partió con rumbo desconocido...

II

El lector habrá comprendido que Ernesto, no es otro que el propio Pedro Petersen.

Pedro Petersen es joven, rico, gusta de las mujeres, rinde culto al cock-tail y no se resigna a vivir en plena renunciación de todos estos alicientes. Pero Pedro Petersen no puede ser un enamorado, ni un bebedor, ni un juerguista. Tiene que guardar las formas y contener a toda costa su austeridad y su prestigio ante sus convecinos y ante sus familiares y naturalmente ha inventado un hermano, que es el que le carga los mochuelos de sus diversiones y de sus amoríos y del que dice Pedro, a todo el que le quiere oír, que es un fresco y un sinvergüenza como un rasacielos. El tío Ernesto irreal, tiene intrigada a Eva y a sus amiguitas, pues ya se sabe que



El posadero ofrece a Lily una aguja del tamaño de las de ferrocarriles...

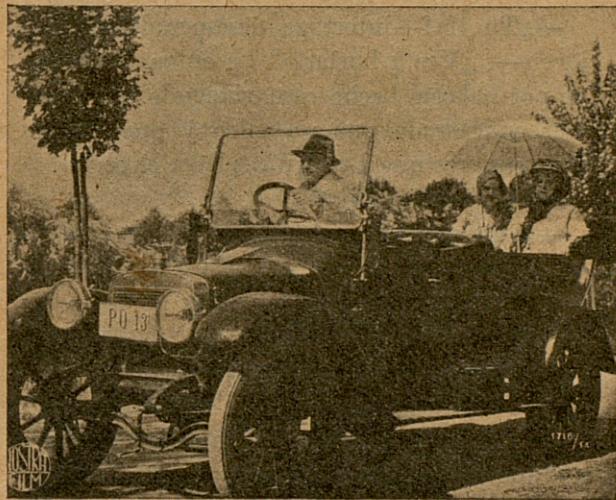
las mujeres se perecen por los hombres de escándalo.

También tiene Pedro, es decir Ernesto, para sus ratos perdidos, una amiguita que se llama Lily y en la cual se divierte de lo lindo. Esta está en el secreto de la suplantación, pero por la cuenta que le tiene, no se da por enterada.

Pedro va a ciento veinte por hora en busca de la Posada, a donde llega en escasos minutos. Penetra decidido, y en una modestísima habitación, que quiere ser el comedor, halla a Lily reparando la avería de una media, lo que da a la joven motivo para tener al descubierto toda una pierna archisuperiormente modelada y el nacimiento de un muslo de esos que hacen perder la cabeza al hombre más pacífico.

El posadero ofrece a Lily una aguja del tamaño de las de ferrocarriles para coser la carrera y ello da lugar a que la divina criatura y su amante rían de buena gana. Lily y Petersen salen de la Posada y en el coche emprenden el viaje a la ciudad. Ella le reprocha el olvido en que la tiene y Pedro se excusa con sus muchas ocupaciones. Para contentarla le ofrece una elegantísima caja de bombones, que ella despectivamente coloca en la cartera del coche. Al ir a guardar la caja, la entretenida de Petersen da con el carnet, que creyéndolo otra cosa, lo extrae y cuál no será su sorpresa al encontrarse el retrato de Eva.

Lily furiosa inquierte:



Por la misma carretera y en igual dirección...

—¿Quién es esta muchacha?

—Mi sobrina asegura Pedro.

—¡Mientes! —grita Lily—. No puede ser tu sobrina, porque tu sobrina vive contigo y no tiene por qué dedicarte retratos.

—¡Ah! Es cierto —dice Pedro—, no me acordaba. Esa, no es mi sobrina... Es... es... mi tía...

—¿Tu tía?—interroga desesperadísima la joven.—¿Vas a burlarte? La culpa la tengo yo por haberte hecho caso, sabiendo que eres más enamorado que un mico y que tienes más mujeres que Landrú... ¡Para el coche!

—¿Qué dices, Lily?

—¡Que pares el coche!

—¿Para qué?

—¡Para apearme!

—¡No seas loca!

—¡O paras o me tiro en marcha!

—¡Suicidios, no! —dijo Pedro frenando.

Lily se apeó y Pedro continuó la marcha, aunque con velocidad de cansancio, para dar lugar a que ella rectificase su primer impulso y volviese con él de nuevo...

Por la misma carretera y en igual dirección, marchaba un coche viejo y destartalado ocupado por dos señoras y un muchacho. De pronto el vehículo se detuvo por efecto de una avería, que de momento era irreparable. Las señoras y el muchacho tuvieron que abandonar el "cacharro" y esperar pacientemente a que algún automovilista quisiera llevarlos a la ciudad.

Poca fué la espera, ya que Pedro acababa

de detenerse ante ellos y les brindó caballerosamente auxilio.

La más joven de las damas es una linda muchacha, Gerda Klaus, perteneciente a una de las familias más linajudas de la región. Pedro hablaba con ella y a las pocas palabras se da cuenta de que está perdidamente enamorado de Gerda y que es comprendido por ésta. El le dice que se llama Ernesto y desde este momento sigue siéndolo para todos.

Petersen obsequia a la señora, que es la senadora Klaus, abuela de Gerda, con la caja de bombones que compró para Lily. Gerda y Ernesto pasean por la carretera, haciendo tiempo de que llegue un guarda del Ayuntamiento, que se haga cargo del automóvil averiado.

Antes que el guarda llega Lily, que imprudentemente, al ver su caja de bombones en manos de la senadora, que está ya saboreándolos, se la arrebata. La Senadora, extrañada, ante aquella actitud violenta y poco distinguida de la joven, llama a Ernesto y le dice, con marcadísimo acento de contrariedad:

—¿Quién es esta... señorita?

Ernesto lanza una mirada asesinadora a Lily y tirzando una sonrisa, que está muy lejos de ser sincera, responde:

—Una primita mía.

—¿Una primita? — arguye la senadora.
—Una primita que viene sola por la carretera... ¡Malo! ¡Malo! ¡Malo!

—Es que... verá usted... — dice Ernesto.
—Mi primita es una muchacha mal educada. Caprichosa, exótica, y se había empeñado en hacer a pie un poco de recorrido...

Lily fué a desmentirle, pero un pellizco oportuno e invisible la detuvo. En esto llegó el guarda. Ernesto y Klaus, el hermano de Gerda, le entregaron sus carnets para que los examinase, pero el pobre funcionario campestre en vez de examinar los carnets estaba examinando a Lily y sin proponérselo, entregó a Ernesto el de Klaus y a éste el de Ernesto, que mutuamente se los guardaron sin fijarse en el cambio.

En el coche de Petersen se acomodaron todos y continuaron animadamente hacia la ciudad. La única persona que no parecía muy conforme con lo que estaba sucediendo era

Lily, que presentía su eclipse inmediato, en el cielo amoroso de Ernesto.

Petersen, al llegar al Hotel Europa, dejó a Lily y siguió con el coche hasta el Palacio de los Klaus. La Senadora le ratificó su agradecimiento, por el favor que acababa de hacerles. El joven Klaus se despidió afectuosamente de su nuevo amigo y Gerda tendió la mano a Ernesto que la besó apasionadamente. En unas distracciones de la abuela y del hermano, Ernesto declaró vehemente:

—¡Te amo, Gerda!

—¡Y yo a ti! — contestó la joven.

—¿Cuándo podremos vernos? — solicitó él.

—Todos los viernes, en el baile del Gran Casino — informó ella.

—Entonces, hasta el viernes.

—Hasta el viernes, que es mañana...

Gerda desapareció por el jardín y Ernesto, loco de contento, saltó al volante y aceleró, cantando el vals de moda...

III

Las once de la noche. Viernes. Petersen está en su cuarto del Hotel materialmente cubierto de edredones. Se abre la puerta y penetra Lily en traje de suaré.

—¿Vamos? — le dice.

—¿Dónde? — interroga Ernesto poniendo cara de enfermo.

—¿Dónde ha de ser? ¡Al baile del Gran Casino! — responde ella.

—¿Estás loca? Yo cómo voy a ir al baile, si me estoy muriendo—. Afirma Petersen en voz débil.

—¿Estás enfermo?

—Sí. Estoy muy malito... ¡No sé si saldré de la noche! — exclama Ernesto.

—¡Qué fatalidad! — dice Lily —. ¡Con la gana que yo tenía de ir al baile! Me iré a la cama... Adiós... ¡Que mejores!

—Gracias... ¡Adiós!

Sale Lily y al punto sale también, silbando alegremente de entre aquella montaña de ropas de cama, Ernesto, vestido ya en su traje de etiqueta.

Cuando Ernesto hace su entrada en el Gran Casino, la primera cara conocida que ve es la de Lily, que está bailando un tango. Sin hacer el menor caso de ella busca por los palcos a Gerda, que se encuentra en uno de ellos con la Senadora Klaus. Ernesto sube a saludarlos en el instante en que la orquesta ataca de nuevo para bailar. Solicitud permiso de la dama para llevarse a Gerda y le es concedido. Y ya... desde aquel feliz minuto, no se separó en toda la tarde de la encantadora muchacha. Ernesto le pidió relaciones y ella aceptó, complacida, siempre que fuera una cosa seria. El le dió palabra de pedir su mano y a partir de aquel momento, ambos se consideraron felices.

Eran ya las primeras horas de la madrugada, cuando terminó la reunión del Gran Casino. La Senadora y sus nietos, se despidieron de Ernesto y éste, viendo que quedaba solo en el salón, marchó al bar a celebrar, con un cock-tail, el acontecimiento.

Después de un cock-tail bebió otro y otro, hasta que "agarró" una borracherita muy decente y muy distinguida.

Casi amanecía, cuando Ernesto, dando aristocráticos traspies, salió del Casino. Llamó al primer taxi que pudo divisar y lo ocupó dificultosamente. El chofer pidió la dirección a donde había de llevarlo y Ernesto, que estaba muy mal de memoria y de palabra, le entregó el carnet de automovilista, pero como el carnet no era el suyo, que pertenecía a Klaus, allá que le condujo, al Palacio de la Senadora. El mismo chofer llamó y un criado soñoliento salió a franquear la puerta y se hizo cargo del señorito. El criado no reparó siquiera en la cara de Ernesto. Le bastó con ver la fotografía del carnet, para conducirlo al dormitorio, es decir, al dormitorio de Klaus, sobre cuya cama cayó Ernesto, despertando a su amigo y futuro hermano político, que dormía plácidamente. Klaus se frotó los ojos y el criado, ante aquella duplicidad de señoritos, salió huyendo...

Cuando Klaus reconoció a Ernesto rió de buena gana. Ernesto se contagió y también reía.

Sin duda alguna, la sorpresa de verse a aquellas horas en la casa de su prometida, hizo que la cabeza de Ernesto se despejara de los vapores alcohólicos que por dar otro documento al chofer, dió el carnet y que éste le había llevado allí. Klaus, entonces, imaginándose lo que ciertamente había ocurrido, buscó en su americana el carnet y vió que, efectivamente, él guardaba el de Ernesto. Al mirarlo, para cerciorarse, encontró adherida al dorso y tapando el nombre de Pedro Petersen, la fotografía de Eva y al punto quedó prendado de Ella.

—¿Quién es esta muchacha, Ernesto?

—Mi sobrina Eva—dijo Petersen.

—¡Qué divinidad de criatura! — afirmó Klaus.

—Sí, es bonita—corroboró su amigo—. Pues no tiene novio.

—¿No?—insistió Klaus.

—No—ratificó Ernesto.

—Mañana hablaremos de ella.

—Mañana hablaremos de ella y de mi boda con tu hermana.

—Bueno, pero ahora, vamos a dormir—,

dijo Klaus invitando a su amigo a que pasase a otro dormitorio.

Cuando Ernesto, ya solo en su alcoba, pensaba si debía o no quedarse allí, se abrió súgilosamente la puerta y penetró Gerda, que se había apercibido de todo. Ernesto iba a excusarse ante ella, pero de nuevo cedió la puerta para dar paso a una mano que empuñaba un revólver...

Era la Senadora, que había despertado sobresaltada por los timbres y las risas y quería cerciorarse de si algo anormal ocurría en su Palacio ...

Gerda y Ernesto se ocultaron tras de un portiers para no ser descubiertos juntos y a aquellas horas. La señora, al no encontrar a nadie salió de nuevo y siguió inspeccionando hasta que, "segura" de que nadie había entrado, se marchó a su alcoba.

Ernesto, tan pronto hubo desaparecido la Senadora, rogó a Gerda que le acompañase hasta la puerta, porque él no podía permanecer allí.

Así lo hizo y a la mañana siguiente se personó en el Palacio de los Klaus a pedir oficialmente la mano de Gerda. La Senadora



Gerda y Ernesto se escondieron trás un portier.

sometió a Ernesto a un minuicioso interrogatorio:

—¿Qué edad tiene usted? —preguntó.

—Treinta y cinco años —dijo Ernesto.

—¿Nada más? —interrogó la incrédula dama.

—Nada más —afirmó el pretendiente.

—¿Es usted soltero?

—¡Señora!
 Es que podía usted ser viudo...
 —Soy soltero.
 —¿Sin compromiso?
 —Sin compromiso.
 —¿Y sin primitas de las que pasean por las carreteras?
 —Y sin primitas. La última fué la que le quitó a usted los bombones.
 —¿Bebe usted?
 —Soy abstemio.
 —Está bien. Yo me informaré y le contestaré dentro de unos días si le concedo o no la mano de mi hija.

Ernesto se despidió de la señora y salió. En el pasillo encontró a Gerda y la besó ardientemente.

A las pocas horas se recibía en el Castillo de Petersen un telegrama cuyo texto era el siguiente: *"Impossible volver en unos días. Ernesto Cleptomano saldrá para Australia. —Pedro."*

Apenas hubo leído Eva el despacho decidió ponerse en camino para ver si ella conseguía evitar al tío Ernesto el viaje a Australia e intentar de paso su curación...

IV

En el Hall del Hotel Europa, una señorita espera a Petersen. Esta es Eva.

A poco llega al Hotel Klaus, que también pregunta por Petersen. Al decirle en la Dirección que no está, Klaus decide esperarle, porque no puede pasar más tiempo sin hablar de Eva. Va a sentarse al lado de la joven y, al verla, reconoce en ella la sobrina de Ernesto. Para asegurarse, Klaus saca la fotografía y la examina. Ya no tiene duda, aquella muchacha es Eva. Ella, al sentirse mirada con tanta insistencia por Klaus, se tumba un poco, pero no tanto que no se aperciba de que Klaus tiene en la mano su fotografía. Este significativo detalle hace que ella le tome por el tío Ernesto, y sin reparar en nada, se abraza a Klaus.

—Tú eres Ernesto!

—¿Qué dice usted, señorita? — interrogó Klaus sin comprender aquella confusión.

—Sí, sí. Tú eres Ernesto y ahora mismo te vienes conmigo al Castillo.

—Pero yo? —dijo resistiéndose.

—Vente al Castillo y así te librarás del viaje a Australia.

—A Australia?

—Sí, hombre. No me lo niegues que lo sé todo. Vas a Australia para ver si te corriges de eleptomanía. ¡Anda! ¡Vámonos!

A Klaus le hizo mucha gracia todo aquello y como por otra parte, con la marcha al Castillo de Petersen, conseguía lo que tanto anhelaba, se dejó llevar y allá se marchó con Eva.

Una vez en el Castillo, Eva ocultó a Klaus, creyéndole Ernesto, para que no lo viese ni el ama de llaves. Klaus, por su parte, tuvo que fingir eleptomanía y se apoderaba de las cosas más raras, que después restituía a Eva.

A la mañana siguiente apareció Ernesto por su posesión vestido de negro y diciendo que venía de enterrar a su hermano, que había muerto la noche antes. El ama de llaves y el profesor de música de Eva, que le escu-

chaban, le acompañaron en su pesar y el profesor se ofreció a registrar la defunción en el ayuntamiento.

Cuando el ama de llaves dijo a Eva lo de la muerte de Ernesto, la muchacha rompió a reír como una loca y dijo que eso tenía que ser una broma del tío Pedro, puesto que Ernesto estaba con ella en la casa. La confusión y el miedo que se apoderó del ama y del profesor fueron enormes.

Petersen, para evitar preguntas indiscretas, se retiró a sus habitaciones.

Eva y Klaus, a quien ella creía Ernesto, eran felices. Klaus le dijo lo mucho que la quería desde que la conoció en el retrato y ella le confesó que también le quería aun sin conocerlo. Bajó Eva al jardín a buscar al tío Pedro, para comunicarle lo de sus amores, cuando llegó Gerda, que preguntó por Ernesto Petersen.

—¿Ernesto Petersen? —inquirió Eva.

—Ernesto Petersen, mi prometido — repuso Gerda.

—¿Su prometido? ¿Pero cómo va a ser Ernesto su prometido si acaba de decirme que va a casarse conmigo? —aseguró Eva.

—¿Que va a casarse con usted? ¿Cómo es posible eso si ayer mismo pidió mi mano?

—¡Ernesto es para mí! —dijo Eva.

—¡Ernesto es mío! —exclamó Gerda.

—¡Mío!

—¡Mío!

—¡Mío!

—¡Mío!

A las voces de Eva y Gerda acudió rápidamente Pedro, que interponiéndose entre ellas aclaró a Eva lo del tío Ernesto, asegurándole que nunca había existido.

—¿Entonces, quién es el tío Ernesto que está arriba y que me ha prometido casarse conmigo? —inquirió Eva.

—El tío Ernesto es este... —aclaró Klaus, apareciendo e indicando a Pedro.

—¡Pero si este es tío Pedro! —exclamó Eva.

—Este es Ernesto —afirmó Gerda—. El Ernesto que ayer pidió mi mano.

—Entonces... ¿tú quién eres? —preguntó Eva a Klaus.

—Yo soy un hombre que te adora y que tú, sin yo saber por qué, me tomaste por el tío Ernesto y hasta me hiciste ser eleptómano —aseguró Klaus.



—¿Qué significa todo esto?

—¡Y yo que le creía tío Ernesto! —exclamó Eva—. ¡Y que ya le había tomado cariño!

—Has hecho bien, porque lo merece —aconsejó Pedro a su sobrina y después: Quiérelo mucho que yo lo fío.

—Si tú lo mandas —dijo Eva sumisa.

—Lo mando yo —razonó Petersen— y lo manda tu corazón, que supo enamorarse de

flechazo como me enamoré yo de Gerda, como Klaus se enamoró de ti cuando te conoció por el retrato. El amor impremeditado, es el amor verdadero y único. Vamos a casarnos en seguida. Antes que vaya a venir la Senadora y retrase la felicidad con sus interrogatorios...

No había acabado de decirlo, cuando de un coche que se detenía a la puerta descendía la Senadora, que había tenido que hacer un viaje incomodísimo para llegar pronto.

—¿Qué significa todo esto?—preguntó la dama a los enamorados.

—Significa, señora — respondió Eva—, que vamos a casarnos porque nos queremos.

—¿Y usted quién es?—interrogó a Eva.

—La prometida de su nieto—contestó la joven.

—¿A qué familia pertenece?

—¡A la más digna de la comarca!—dijo Petersen.

—Si es así, bueno—asintió la señora.

—¡Así es!—dijo el ama de llaves, que llegaba en aquel momento con el secretario del Ayuntamiento que venía de intentar el asiento de defunción del tal Ernesto, lo que no

pudo llevarse a cabo porque en el Registro no había inscrito ningún niño de los Petersen con ese nombre.

—Entonces, ¿tú no eres Ernesto?—preguntó mimosa Gerda a su prometido.

—Yo soy Pedro—respondió éste—, pero, como a ti te gusta más Ernesto y a Ernesto es al que quieras, Ernesto seré siempre para ti, aunque no lo sea para los demás.

La radio inundó el bello paraje con la melodía de un vals y las invitadas de Eva observaron con flores a los futuros esposos... Estos aprovecharon el vals para enlazar sus cuerpos y juntar sus bocas...

FIN

**El signo de la Cruz
I. F. 1. no contesta
King Kong**

Estos tres títulos forman el

TRIUNVIRATO

de las tres fantásticas producciones

1 9 3 3 - 1 9 3 4

Las cuales aparecerán en

**Ediciones
Biblioteca Films**

**King Kong
I. F. 1. no contesta
El signo de la Cruz**

ACONTECIMIENTO

RING-KONG

La más emocionante novela de aventuras, cuyo asunto está apasionando al mundo entero, por su originalidad y fulminante sensación. ☠

PRINCIPALES INTÉRPRETES

Precio:
UNA pta. **Fay Wray**
 Robert Armstrong

Pida su ejemplar antes de que se agote a
Editorial "ALAS"- Apart. 707 - Barcelona

CANCIÓNERO POPULAR

El primero en su género y el que todos imitan

32 páginas de texto: 30 céntimos

■ VEINTE CANCIONES CADA CUADERNO ■

Carlos Gardel	Azucena Maizani	Olvido Rodríguez	
Imperio Argentina	Mario Visconti	Joséfina Baker	
Jeanette Mac Donald	El Cante Jondo	Juan B. Giliberti	
José Mojica	Carlos Gardel	Conchita Piquer	
Roberto Rey	Nuevos tangos		
Blanca Negri-Alady	Dolly Haas	Gaynor-Farrell	
Enriqueta Serrane	Lupe Rivas Cacho	Olimpia de Córdoba	
Felisa Galé	Mercedes Serós	Impeno Argentina	
Celia Gámez	Custodia Romero	Nuevos tango	
Orquestina Planas	Emilio Sagi-Barba	Goyita Herrero	
L. Harvey-H. Garat	Marcos Redondo	Raquel Meller	
Maurice Chevalier	Marlene Dietrich	Elvira de Amaya	
Ramper	Agustín Irusta	Argentinita	
	Luisita Esteso	Miguel Fleta	
		Meg Lemonnier	

Al efectuar los pedidos no olvide de mencionar el nombre de CANCIÓNERO POPULAR.

NUMERO EXTRAORDINARIO

Dedicado a IMPERIO ARGENTINA y CARLOS GARDEL

Precio: 60 céntimos

ALMANAQUE 1933

Dedicado al genial estilista CARLOS GARDEL

Precio: UNA peseta

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"- Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

NO DEJE DE LEER

LOS GRANDES ÉXITOS DE LA TEMPORADA
QUE COMO SIEMPRE APARECEN EN

Ediciones Biblioteca Films

(La más antigua novela cinematográfica)

VIAJE DE NOVIOS
PASTO DE TIBURONES
EL ROBINSON MODERNO
SOLTERO INOCENTE
I. F. I. NO CONTESTA
MELODÍA DE ARRABAL
EL SIGNO DE LA CRUZ
TODO POI EL AMOR
DANTÓN
ESTRELLA DE VALENCIA
CASADA POR AZAR

Brigitte Helm
Edward G. Robinson
Douglas Fairbanks
Maurice Chevalier
Charles Boyer
I. Argentina - C. Gardel
F. March - E. Landi
Jan Kiepura
Jacques Gretillat
Brigitte Helm
Carole Lombard

Reimpresión de las obras de más éxito

EL DESFILE DEL AMOR
ESPERAME
EL EXPRESO DE SHANGAY
UNA HORA CONTIGO
LUCES DE BUENOS AIRES
REMORDIMIENTO
AMAME ESTA NOCHE
MERCEDES

Maurice Chevalier
Carlos Gardel
Marlen Dietrich
Maurice Chevalier
Carlos Gardel
Phillips Holmes
Maurice Chevalier
Carmelita Aubert

Los mejores artistas en
sus grandes creaciones

UNA PESETA TOMO

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis